

GRITO ROJO

Un cielo cárdeno de infamias gestícula y puja horriblemente, amenazando destruirnos con sus rayos, y su luz de averno, en explosiones nocturnales, alumbra trágicamente los jarales, donde habitan los judas, convertidos en reptiles, que se arrastran en fangosas convulsiones.

Y las hienas rechinan sus mandíbulas hambrientas de carne libertaria, y el obrero, en letargo doloroso, cruza en su pecho sus manos torturadas, y su cabeza creadora la reclina indiferente y resignada en las durezas del yugo férreo. Y la insolencia del burgués artero escupe su explosión de fango al rostro cadavérico del mártir. Y la ecléctica campana da el toque de agonía, preñando el ambiente de crispaturas de borrasca. Y al grito del pueblo adolorido responde la mefistofélica carcajada del verdugo y el silbar horrible de la fusta. Y el buho, guardador del prisionero, impasible picotea sus ojos nostálgicos de vida.

Un olor a cementerios removidos sale de su lecho de agonía y las cadenas que oprimen su garganta rechinan lúgubrememente, completando del cuadro la pavora.

Así te miro, oh, pueblo! resignado luchar en tu martirio, indiferente, sin que a tus labios marchi-

tos e incoloros asome la protesta airada, vestida con su traje rojo de llamas y de sangre.

Medita, que un solo movimiento de tus músculos hará pedazos la cadena férrea; y si levantas tu diestra, en un momento arrancarás de las manos del verdugo la fusta vil con que fligela tus espaldas, y el rostro de ese saurio azotarás glorioso, vengando así tu libertad violada.

Un momento de músculo, gigante poderoso, y encamina tus pasos a las Cortes, y haciendo de las leyes una tea, quema la guarida de los monstruos que viven a expensas de tu sangre. Y con el oro, causa de tus males, fabrica el hacha justiciera, tiempra su filo en la fragua libertaria, y decapita cabezas de tiranos. Y si Dios, o ese mito de los cielos, se opone a tu venganza, decapítalo también, y en los cóncavos abismos de la mina sepulta sus despojos.

Y al són del himno de la libertad triunfante haz que salten en pedazos las mazmorras carcelarias y en polvo las iglesias donde el cura esclaviza las conciencias, y los mármoreos palacios donde agoniza la diosa libertad amordazada, y los cuarteles, habitación macabra, refugio de los viles opresores.

Músculo, pues, que a tu potente empuje derrumbarás los oráculos malditos que, embriagados con tu sangre, dictan las leyes que te oprimen.

Haz de tu alma el volcán que en sus espasmos aplaste con su lava lo existente; que nada quede en pie: ni dios ni reyes; todo sepultado en el abismo para que así el sol de la libertad brille puro y hermoso sin manchas en su esfera.

No te amedrente del cañón el ronco acento, ni el silbido de las sierpes negras que respiran el incienso de los templos, ni el rugir de los jaguares en la selva cuarteraria, ni el afilado sable del cosaco; no temas a las estepas inclementes de Siberia, ni a las crueles mazmorras de España, ni al rayo de Dios, si te lo manda, ni al grito amenazante que exhale en su agonía la sociedad menguada, que así podrás, después de que depures al mundo de verdugos y tiranos, sentar las bases diamantinas del monumento hermoso donde flote victoriosa la bandera libertaria, que cobije, cual madre bondadosa, al mundo redimido, y en su flamear constante brille el lema de igualdad, libertad y amor.

J. F. MONCALEANO.

POR LA PAZ

Sigue de la pág. 4.

más bien que obra teatral, era una esclusa por donde a raudales brotaban los insultos groseros contra Alemania y su ejército. Los franceses que acudieron al estreno de la obra, bombeada por la prensa, aplaudían frenéticamente y gritaban: ¡Vive l'armée! ¡A bas l'Allemagne! Los espectadores de esta nación, lastimados en su amor propio, gritaban después: «¡Viva Alemania!» Hubo golpes y el gobierno alemán pidió explicaciones, que el gobierno francés dió, y todo quedó aparentemente tranquilo.

¿No es esta una prueba de que el odio francés, a pesar de haber pasado ya cuarenta y tres años desde la derrota de Francia, se mantenía constantemente encendido?

Culpa de este odio fue la humi-

llación sufrida en el 71 por el pueblo francés después de su derrota. Mas, para que dicha humillación no se renueve convirtiéndose en constante amenaza para Europa, es necesario que ninguno de los ejércitos beligerantes sufra la humillación de la derrota.

¿Cómo conseguiremos esto? Ya lo hemos dicho: pidiendo a coro la paz sin vencidos ni vencedores. No temamos el peligro de una nueva guerra, pues éste será mucho mayor habiendo una nación humillada.

Comencemos la campaña pacificadora lo antes posible, hagamos ambiente a favor de la misma, pues lejos de hacer por ello el ridículo, no haremos más que cumplir con un deber que como anarquistas, como sindicalistas, como socialistas y co-

mo hombres, estamos obligados a llevar a cabo.

¿Que a pesar de nuestra buena voluntad se estrellan nuestros esfuerzos contra lo imposible? No importa. Como anarquistas habremos estado en nuestro puesto. Perder, nada perderemos; al contrario, presentaremos nuestro ideal tal cual es en su fondo, humano y ferviente partidario de la tranquilidad de los hombres.

Mejor dicho, el anarquismo se hará simpático hasta para sus más encarnizados enemigos.

¡Abajo, pues, la guerra! ¡Viva la paz universal!

NICOLÁS GUALLARTE.

AGENTE DE ARIETE EN MERIDA:

EDUARDO BADILLO